

DAVID HUERTA

EL DESAYUNO Y LA CENA

He recorrido la nieve de la mañana,
sus huellas blancas,
y no he encontrado
el testimonio de tu paso.

He vuelto a ver las estrellas
en el cielo del día
sin descubrir la estrella
de tu boca
insaciable, feroz.

¿Qué me vas a decir, ahora? Nada, sólo nada.
Una chispa en tus ojos y los diecisiete principios
del alma estremecida, el temblor de tu mano en mi mano.

Mírame otra vez. La sanguinaria plenitud de mi alma
a ti te pertenece. Fiera o perro soy, para tu sola sombra.

El odio enrojecido va clamando. Tú me deshaces, me rehaces.
Nazgo en tus comisuras blancas, tus pliegues de nieve
y tus instrumentos de sabiduría tenaz: pañuelos, vasos,
esplendores por la sopa y la sangre. Una vez más.

Yo así te digo, mírame. Una vez más desplégate y termina.
Come así de mi mano la indigente oblea solar que te doy.
Dame de tus veneros el agua sorda y simple de tu mano.

No te voy a decir nada, ya me voy a callar.
Está sucediendo todo allá arriba. El espíritu sangra
y de ello nada más un dato, una cuchara, un soplo.

Siete veces yo te he buscado y siete veces has caído
de mi mano sedienta como un pan. Pero no te dejaré ir.

Gula de ti, pesadilla de ti. Hombre solo y
hombre hecho de hambre para ti, rodeado por la gracia, vestido
con esplendor y desnudado con desidia. Mírame una vez más.

Cinco tragos y después diecinueve venenos y ocho drogas
en medio del gas, debajo del exterminio. Yo te miro ahora:
pareces una gárgola y en realidad eres un Vampiro.

Paladar de diamante, ruega por mí. Puño de tierra sórdida,
pliegame a tu deseo. Llama pequeña hecha de inmensidades,
acúname en tu seno maravilloso. Piel de marfil y sándalo,
prevé mis metamorfosis. Tuerta luz de la boca, mide
mi desconsuelo y mi ansia. Mujer directa, bésame con denuedo.

Para el solaz del abandonado, mordedura de uñas
y un chiste en agosto, nada más. Ni un muslo ni una magia.
Para el aliento del sanguinario, una vivisección de guitarras.
Y para el experimento del triste —un callejón, un brillo,
una costura, una serenidad, un tañido, nada encima de nada.

Vamos a vernos como somos, ya es la hora. El desayuno
será la sangre del Espíritu. Y la cena será el indeclinable
resplandor de tu mano en mi mano. Dos egoísmos para un solo sol.

Parte de un libro de poemas de amor: *Historia*, que aparecerá en las Ediciones de Panfleto y Pantomima.